

“¡El heroísmo! ¡Los héroes! ¡Cuán diferentes son, en realidad, de la manera como estamos acostumbrados a imaginarlos y representarlos!”, este trabajo tiene el propósito de volver a la verdad última del héroe y del heroísmo, más allá de las ideologías y de las leyes que intentan crear moldes para encarcelar, en criterios supuestamente objetivos, el espíritu humano.

DIVAGACIONES SOBRE LOS HÉROES Y EL HEROISMO



"Heroism! Heroes! How different they are, in fact, from the way we are used to imagining and representing them!" This work has the purpose of recovering the ultimate truth of the hero and heroism, beyond the ideologies and laws that try to create molds to imprison, in supposedly objective criteria, the human spirit.



Héctor López Aréstegui

Abogado. Licenciado en Derecho y Ciencias Políticas por la Universidad de Lima. Colaborador de la "Revista de Marina" y "Pensamiento Conjunto".

"El verdadero heroísmo llama a pocos hombres. Seamos honestos con nosotros mismos, esa es la verdad del sobreviviente".
Gabriel Chevalier (1951)

El heroísmo! ¡Los héroes! ¡Cuán diferentes son, en realidad, de la manera como estamos acostumbrados a imaginarlos y representarlos!", así reflexionaba sobre la temática de lo heroico el corresponsal de guerra español **Agustí Calvet Pascual, Gaziell (Sant Feliu de Guíxols, Gerona, 7 de octubre de 1887 - Barcelona, 12 de abril de 1964)**, en una crónica dirigida a sus lectores del rotativo barcelonés "**La Vanguardia**", a la luz de una curiosa anécdota de guerra comentada por sus vecinas en París.¹ Corría el mes de noviembre de 1917 y el ánimo de la opinión pública y de las tropas francesas se encontraba en el abismo. Parecía que el tiempo de los héroes ya había pasado y que, en aquellos tiempos de grandes convulsiones, no había lugar para él en el imaginario público.

Poco o nada parece haber cambiado desde aquel entonces. Si acaso necesitamos pruebas para constatarlo, basta recordar el debate que se planteó por la declaración de "**Héroes de la Democracia**" a los comandos Chavín de Huántar, en abril del año pasado.² Por ello este trabajo tiene el propósito de volver a la verdad última del héroe y del heroísmo, más allá de las ideologías y de las leyes que intentan crear moldes para encarcelar, en criterios supuestamente objetivos, el espíritu humano.

APOTEOSIS Y DISCRECIÓN

La palabra "**héroe**" procede del griego, de una raíz que significa "proteger y servir". El escritor y guionista de cine estadounidense **Christopher Vogler (1949)** define al héroe en su obra "El viaje del escritor: las estructuras míticas para escritores y guionistas, dramaturgos y novelistas" (1992,1998, 2007) como "*Alguien capaz de sacrificar sus propias necesidades en beneficio de los demás, como un pastor que se sacrifica para proteger y servir a su*

PALABRAS CLAVE: HÉROE, HEROISMO, SOLDADOS, FILOSOFÍA, GUERRA MUNDIAL.

KEYWORDS: HERO, HEROISM, SOLDIERS, PHILOSOPHY, WORLD WAR.



rebaño. En consecuencia, el significado de la palabra héroe está directamente emparentado con la idea del sacrificio personal".³

En la Antigüedad clásica la mayor aspiración en vida de un hombre era convertirse en héroe; el culto al héroe (Apoteosis) era el núcleo de la vida civilizada. Los héroes eran semi – dioses, y en calidad de tales ejercían un papel rector en el ideario y panteón de cada pueblo. Así, los romanos decían ser descendientes de Eneas, el mítico héroe de la guerra de Troya, tal y como lo relato el poeta **Virgilio Varo (70 AC – 19 AC)** en su poema épico "La Eneida". En líneas generales, los héroes más populares del mundo antiguo – Heracles (Hércules), Perseo y Aquiles – eran ejemplos de que lo sobrenatural habitaba en el mundo y en todas las personas. Sus características específicas eran:

- **Naturaleza mixta:** Eran mitad humanos y mitad dioses.
- **Conflicto con el mundo exterior:** Les aquejaban los mismos problemas a los mortales.
- **Coraje:** En sus manos estaba enfrenar los problemas de su vida y destino.
- **No tienen miedo a la muerte:** No temía a la muerte porque creía en la trascendencia del espíritu humano
- **Ideología utópica:** Sus valores se fundaban en el ciclo vital: nacer, morir y resucitar.

El ideal heroico que sustentaba el mundo antiguo alimentaba el arte y la religión, tal como se puede ver en los murales y mosaicos de las villas romanas, desde el Muro de Adriano, en el norte de Inglaterra, hasta Siria. Aquel ideal era tan poderoso, tan humano, que el cristianismo hubo de elevarlo un peldaño más, añadiéndole al héroe a las características señaladas una nueva, la humildad, que debe entenderse en el contexto de la época como discreción. **San Juan Casiano (360 – 435 DC)** escribió: *"Ninguna virtud puede ser adquirida perfectamente o continuada sin la gracia de la discreción"*.⁴

Acaso no hay mejor ejemplo de santo de esta época que **San Jorge de Capadocia (275 – 303)**, soldado romano y mártir cristiano. Según su leyenda, Jorge fue un militar carismático, lo cual le permitió

ascender rápidamente en las filas y convertirse en guardia personal de **Diocleciano (284 – 305)**. En 303 el emperador emitió un edicto autorizando la persecución de los cristianos. Jorge se mantuvo firme en su fe cristiana y, a pesar de las torturas a la que fue sometido, no apostató. Su resistencia dio motivo para que se ordenase su ejecución en las murallas de Nicomedia (actual Turquía), el 23 de abril de 303. En 494 Jorge de Capadocia fue canonizado por el papa Gelasio I, destacándosele entre *"aquellos cuyos nombres son justamente reverenciados y sus actos sólo son conocidos por Dios"*.

La República Cristiana medieval definió al héroe como salvador de su pueblo,⁵ es decir, el ideal del heroísmo estaba vinculado en principio con el de la santidad a través del martirio con un fin útil a la fe cristiana. El mejor ejemplo de este tipo de héroe es Roldán, personaje del poema épico del siglo XII *"El cantar de Roldán"*, el cantar de gesta más antiguo escrito en lengua romance en Europa. Al morir en la batalla de Roncesvalles (778), por su Dios y su rey, Roldán consigue la absolución de sus pecados convirtiéndose en un ejemplo de la llamada "Felix Culpa", un concepto desarrollado por Santo Tomás de Aquino (1224/1225 – 1274) según el cual *"feliz la culpa/caída por la cual alcanzamos una grande y gloriosa redención"*.⁶

Asimismo, la figura de San Jorge adquiere una nueva dimensión con la aparición de la leyenda de "San Jorge y el Dragón", la cual es el origen de las historias de princesas y dragones en Occidente. Según la interpretación tradicional del mito, Jorge sería el creyente, el caballo blanco la Iglesia y el dragón representaría el paganismo y la idolatría. El triunfo sobre el dragón es la victoria de la verdadera fé, el Cristianismo.

La influencia del mito y del personaje continúa siendo muy fuerte. San Jorge es el santo patrón de muchas regiones españolas (Aragón, Cataluña, Valencia, etc) y de varias naciones tales como Grecia, Georgia, Inglaterra, Serbia y Ucrania. El mundo convulso y poco interesado en cosas santas de 1917 le hizo un guiño a la figura de San Jorge: el 9 de diciembre los turcos firmaron la rendición de la Ciudad Santa a las tropas aliadas, al mando del general Ed-



mund Allenby (1861 – 1936), en la residencia de la Iglesia Catedral Anglicana de San Jorge de Jerusalén.

El paulatino proceso de secularización de la vida a partir de la Baja Edad Media también afectó al ideal heroico. Así, pues, el periodo tardo –medieval y renacentista la noción del héroe se simplifica y se vuelve accesible a todos. De ello no hay mejor ejemplo que la arenga del rey Enrique V de Inglaterra (1387 – 1422) a sus soldados en la batalla de Agincourt (25 de octubre de 1415). En vísperas de la misma, el monarca se dirigió a sus tropas (5.000 arqueros y 1.000 infantes), poco antes de dar cara al ejército francés, con las siguientes palabras:

WESTMORELAND

¡Ójala tuviéramos aquí ahora

*Aunque fuera diez mil de aquellos hombres que en
Inglaterra
Están hoy ociosos!*

REY ENRIQUE V

¿Quién pide eso?

*¿Mi primo Westmoreland? No, mi buen primo:
Si hemos de morir, ya somos bastantes
Para causar una pérdida a nuestro país; y si hemos
de vivir,
Cuanto menos hombres seamos, mayor será nues-
tra porción de honor.
¡Dios lo quiera! te lo ruego, no desees un solo hom-
bre más.*

Por Júpiter, no codicio el oro,

*Ni me importa quién se alimente a mi costa;
No me angustia si los hombres visten mis ropas;
Esos asuntos externos no ocupan mis deseos:
Pero si es pecado codiciar el honor,
Soy la más pecadora de las almas vivientes.*

*No, créeme, primo, no desees un solo hombre de
Inglaterra:*

*¡Paz de Dios! no perdería un honor tan grande
Como el que un solo hombre creo que me arreba-
taría*

*por lo que más deseo. ¡Oh, no pidas uno solo más!
Proclama, en cambio, Westmoreland, por mi ejér-
cito,*

*Que el que no tenga estómago para esta pelea,
Que parta; se redactará su pasaporte
Y se pondrán coronas para el viático en su bolsa:*

*No quisiéramos morir en compañía de un hombre
Que teme morir en nuestra compañía.*

Este día es la fiesta de Crispín:

*El que sobreviva a este día y vuelva sano a casa,
Se pondrá de puntillas cuando se nombre este día,
Y se enorgullecerá ante el nombre de Crispín.*

*El que sobreviva a este día, y llegue a una edad
avanzada,*

*Agasajará a sus vecinos en la víspera de la fiesta,
Y dirá: 'Mañana es San Crispín'.*

*Entonces se alzarán la manga y mostrarán sus cicatri-
ces*

Y dirá, 'Esta herida recibí el día de Crispín'.

Los viejos olvidan: y todo se olvidará,

Pero él recordará con ventaja

*Qué hazañas realizó en ese día: entonces recordará
nuestros nombres.*

*Familiares en sus labios como palabras cotidianas
Harry el rey, Bedford y Exeter,*

*Warwick y Talbot, Salisbury y Gloucester,
Se recordarán como si fuera ayer entre sus jarras
llenas.*

El buen hombre contará esta historia a su hijo;

Y nunca pasará Crispín Crispiniano,

Desde este día hasta el fin del mundo,

*Sin que nosotros seamos recordados con él;
Nosotros pocos, nosotros felizmente pocos, noso-
tros, una banda de hermanos;*

Porque el que hoy derrame su sangre conmigo

Será mi hermano; por vil que sea,

Este día ennoblecerá su condición:

*Y los gentileshombres que están ahora en la cama
en Inglaterra*

*Se considerarán malditos por no haber estado aquí,
Y tendrán su virilidad en poco cuando hable alguno
Que luchara con nosotros el día de San Crispín.*

La arenga del monarca fue recogida por el bar-
do inglés **William Shakespeare (1564 – 1616)** para
su obra “Enrique V”, y, hasta la fecha, sigue siendo
uno de los discursos patrióticos más poderosos e im-
pactantes del mundo, acaso sólo comparable – res-
petando la distancia temporal y circunstancial – con
aquellos del Presidente de Consejo francés **Georges
Clemenceau (1841 – 1929)** y el Primer Ministro bri-
tánico **Winston Churchill (1874 – 1965)** en las horas
más oscuras de sus respectivos países en la Primera
y la Segunda Guerra Mundial.



Los cronistas oficiales galos tardos – medievales llevaban una relación de los grandes hombres del reino. Uno de estos personajes fue el **Condeshable de Francia Bertrand du Guesclin (1314/1320 – 1380)**, el “Águila de Bretaña”, cuya estrategia de “tierra arrasada” y acciones de lo que modernamente llamaríamos guerra de guerrillas permitió la recuperación de la mayor de los territorios ocupados por los ingleses durante la primera etapa de la **Guerra de los Cien Años (1340 – 1453)**. A este mismo periodo corresponde la figura de **Juana de Arco (1412 – 1431)**, la Santa Patrona de Francia desde 1920, cuya festividad se conmemora el día del aniversario de su muerte, el 30 de mayo.

En la Península Ibérica el resurgir del impulso de la Reconquista fue la cuna de una pléyade de héroes, entre los que destaca **Diego García de Paredes (1468 – 1533)**, el “Sansón de Extremadura”.⁷ Paredes luchó en las filas del **Gran Capitán Gonzalo Fernández de Córdoba (1453 – 1515)**. Durante el sitio de Cefalonia, una ciudad griega bajo dominio veneciano amenazada por los turcos otomanos, Paredes y sus compañeros enfrentaban una de las armas más terribles de sus enemigos, “los lobos”, unos garfios arrojados por una maquina con los cuales se apresaban a los soldados de su armadura para lanzarlos contra la muralla. El “gigante extremeño” consiguió zafarse de las ataduras en lo alto de la fortificación y resistió el ataque de los otomanos durante tres días, donde a cada instante parecía que le aumentaba las fuerzas con la dificultad. El enemigo respetó su vida por su valor, lo que posteriormente le permitió recuperar fuerzas y escapar para marchar victorioso cuando el ejército aliado hispano – veneciano recuperó la ciudad.

La vida de García de Paredes fue novelesca. Tras la muerte Fernández de Córdoba (1515), nuestro héroe se hace corsario y luego vuelve a tomar las armas para la Corona en la campaña del norte de África. Durante estos años Paredes participó en el asedio de Orán, fue maestro de campo de la infantería española que el emperador de Alemania usó para atacar a la República de Venecia, y sirvió como coronel de la Liga Santa al servicio del Papa Julio II en la batalla de Rávena, entre un sinfín de gestas militares. Cuando Carlos I (1500 – 1558) llegó al trono

en 1519, Paredes se convierte en ayudante de campo del rey, acompañándole en sus campañas militares europeas. En 1533, poco después de regresar de Hungría – donde los turcos se habían hecho fuertes tras vencer al rey Luis II en la batalla de Mohács en 1526 – muere a causa de las heridas sufridas durante un accidente a caballo.

LA ERA DE LA PÓLVORA Y EL ACERO

La revolución intelectual, científica y, posteriormente, tecnología, transformó los parámetros de todos los conceptos tradicionales. El héroe de la era de la pólvora y el acero debía tener, además, “genio” para responder a una época en donde la evolución de las armas y la formación de los ejércitos – tal como hoy los conocemos – llevaba a los estados a la profesionalización del soldado.

Un buen ejemplo de ello es la figura del **general John Churchill (1650 – 1722)**, primer duque de Marlborough e ilustre antepasado del Primer Ministro Británico **Sir Winston Churchill (1874 – 1965)**. Durante su larga vida John Churchill sirvió exitosamente a cinco monarcas británicos, pero su posteridad se debe a una canción popular infantil francesa, “*Marlbrough s'en va-t-en guerre*” (*Mambru se fue a la guerra*). En su versión gala y española la canción era una amable sátira sobre la muerte del general Churchill, pero en versión de lengua inglesa – y sin perder el buen humor de la tonada – destacan los versos iniciales en donde se le reconoce como el “Príncipe de los generales, cuya fama sólo es comparable a la de Alejandro”.

Los soldados que sirvieron bajo el mando de “**Mambrú**” también quedaron inmortalizados en una marcha militar del mismo periodo, que forma parte del repertorio musical tradicional del Ejército Británico y del Canadá, “**British Granadiers**”, el cual ilustra la dimensión del héroe – soldado profesional para el estado – nación:

Algunos hablan Alejandro, otros de Hércules/
De Héctor y Lisandro, y de otros grandes nombres/
Pero con todos los grandes héroes del mundo, no
tienen comparación/
Con los Granaderos Británicos.



...
Esos héroes de la Antigüedad nunca vieron una
bala de cañón/
O el poder de la pólvora para aniquilar al enemigo/
Nuestros bravos muchachos lo conocen y no tienen
temor/
Porque son Granaderos Británicos.

...
Cuando nos ordenan atacar las empalizadas/
Nuestros líderes marchan con fusiles, nosotros con
las granadas/
Y a las arrojamamos a los flancos, para romper el oído
del francés/
Porque somos Granaderos Británicos.

...
Cuando termina el asedio, al pueblo vamos a des-
cansar/
Y sus habitantes dicen, ¡Hurra, muchachos, aquí
viene un Granadero!/
¡Aquí vienen los Granaderos, que no conocen el
duda o el temor!/
Porque son Granaderos Británicos.
(...)

En Alemania el culto al héroe siguió una senda similar al del resto de Europa Occidental hasta fines del siglo XVIII. No obstante, el romanticismo llevó consigo una redefinición propia en clave nacionalista, a partir de los *“Discursos a la Nación Alemana” (1807)* del filósofo **Johann Gottlieb Fichte (1762 – 1814)**. Fichte – uno de los padres del llamado Idealismo Alemán⁸ – reunió en la obra mencionada catorce discursos que pronunció en Berlín, entre el 15 de diciembre de 1807 y el 20 de marzo de 1808, periodo que corresponde a la ocupación de la capital prusiana por parte de las tropas napoleónicas, donde hacía un llamado al sentimiento nacional alemán y proponía la creación de un Estado (Reich) que surgiría de las ruinas del Sacro Imperio Romano Germánico, luego de la derrota del enemigo galo.

Su pensamiento fue continuado por **Georg Wilhelm Friedrich Hegel (1770 – 1831)**, quien afirmaba que vivimos en un mundo dominado por la dialéctica, es decir, de naturalezas opuestas que deben ser sintetizadas a fin que adquieran sentido. El ser humano es un ser dialectico, con la posibilidad de ser auténtico, es decir, parte el Espíritu Universal, o vo-

luntariamente alejarnos de él y llevar una vida que tenga como destino la simple felicidad. Así, pues, la historia no se fundamenta en la felicidad, sino en alcanzar propósitos más altos que los intereses personales. Un héroe es, en consecuencia, un participante de la historia quien sacrifica su ser por la libertad, pues sabe que ese es el rol que le corresponde y el sentido de su vida. Además, el héroe es un servidor de un Estado libre, fundado en el compromiso de extender la libertad en el mundo. Libertad y Estado son indeliblemente inseparables, pues esta última es legítima en función de la existencia del Estado.

La influencia de la filosofía alemana del Romanticismo llegó al Reino Unido, donde su mayor divulgador fue el historiador y ensayista **Thomas Carlyle (1795 – 1881)**, a través de su obra *“El héroe, el culto al héroe y lo heroico en la historia”* (1840). Según Carlyle, los hombres y toda la creación somos manifestaciones de lo Divino, fenómeno al cual la inmensa mayoría de nosotros somos indiferentes. El héroe en las variadas facetas que presenta en la obra mencionada tiene conciencia de lo que mayoría ignora o no da importancia alguna. Para Carlyle *“el héroe es un profeta que en cada generación manifiesta la idea de lo Divino a los hombres que viven superficialmente”*.

En Francia también se hizo sentir el poderío del idealismo alemán. Al instaurarse la Tercera República (1875 – 1940) la reforma política se fundó en una de carácter educativo, inspirada en el modelo alemán. El historiador **Jules Michelet (1798 – 1874)** inicia con su obra un culto a la Edad Media y la creación moderna del héroe como la concepción carnal de la Nación y la encarnación del genio francés en cada periodo de su historia, desde la resistencia gala contra el poder romano, dirigida por **Vercingetorix (80 AC – 46 AC)** hasta **Carlomagno (742 – 814)**, Rey de los Francos y Emperador de Occidente (800 – 814). **Paul Bert (1833 – 1886)**, ministro de Instrucción Pública entre los años 1881 y 1882, decía que el objetivo de la enseñanza de la historia era *“recordar a los niños las glorias de nuestro país, recordarles sus héroes, entusiasmarlos con el relato de hechos de devoción a la patria y al deber que son el honor de nuestros anales, encender su valor e indignarlos al contarles y explicarles nuestros males”*.



MÁQUINAS Y SOLDADOS

La guerra de trincheras es la imagen por excelencia de la Gran Guerra. Su poder mediático ha sido tan grande que, incluso hoy, se siga discutiendo las razones por qué millones de hombres se enterraron en ellas, frente a frente, durante cuatro años. A nuestro entender, esto ocurrió porque la tecnología desbordó al “genio”. Agotado, éste se refugió en planes que fracasaron por razones logísticas y condujeron al estancamiento. Peor aún, este resultado no era más que el reflejo del estado moral de los europeos de 1914, tal como entendió la historiadora norteamericana **Bárbara Tuchman (1912 – 1989)** escribió en su obra “*Los cañones de agosto*” (1980) esta certera: “*Los griegos decían que el carácter es el destino. Cien años de filosofía alemana contribuyeron a hacer esta decisión que entrañaba la semilla de la autodestrucción esperara el momento para ser llevada a la práctica. La voz era de Schliffen, pero la mano era la de Fitché, que veía al pueblo alemán elegido por la Providencia para ocupar el lugar supremo en la historia del Universo, y de Hegel, que lo veía dirigiendo el mundo a un glorioso destino que compulsara la Kultur, de Nietzsche, que les decía que el superhombre estaba por encima del ámbito vulgar y corriente, y de Treitschke,⁹ que consideraba el incremento del poder como la obligación moral más elevada del Estado. Lo que forjó el plan de Schliffen no era Clausewitz, ni tampoco la batalla de Canas, sino el acumulado egoísmo que dominaba al pueblo alemán*”.¹⁰

Tres años después, en 1917, la guerra ya había revelado su rostro feroz en inútiles ofensivas trituradoras de hombres. De esta guerra, perturbadora e intensamente humana, quedaron los testimonios de los soldados y corresponsales de guerra, tales como el español **Agustí Calvet Pascual, Gaziel (1887 – 1964)**, quien evocaba así una visita a una trinchera francesa de primera línea a sus lectores del rotativo español La Vanguardia, de Barcelona:

“¡El heroísmo! ¡Los héroes! ¡Cuán diferentes son, en realidad, de la manera como estamos acostumbrados a imaginarlos y representarlos! Entre, el heroísmo y los héroes, tal como se da todos los días en las avanzadas guerreras, y la suerte, de mistifica-

ción que sufren a través de las leyendas y las representaciones simplistas, hay tanta diferencia, como entre la guerra misma, la guerra de verdad, vista, sufrida, y los brillantes relatos de sus alentadores o los croquis efectistas de los magazines.

De ahí que, al penetrar por primera vez en las trincheras, una de las impresiones más desconcertantes es la de notar que en ellas se ven muchos soldados, pero ningún héroe. Es decir: muchos hombres de carne y hueso, que sufren, que están atormentados a pesar suyo, que no ríen ni sonríen, que ni siquiera hablan porque el intenso dolor de sus almas se lo impide; y en cambio no se ve, ni por asomo, ninguna figura arrogante, en actitud más o menos fiera y teatral, que gaste cuchufletas pendencieras o se entretenga en ensayar gestos airados y posturas briosas. Miseria, tortura, sufrimiento indecible, y conciencia clarísima de todo ello: en las trincheras no hay más. Y al damos cuenta de lo que naturalmente debía ser así; de que toda otra representación es falsa, absurda, imposible; de que el heroísmo brillante es casi siempre una patraña y hasta un contrasentido, entonces y solo entonces llegamos a admirar cordialmente a los héroes, a los verdaderos héroes, en su desnudez y congoja, con una admiración que nos eriza los cabellos de espanto y una ternura que casi nos obliga a caer de rodillas.

Sospecho que en todos los tiempos ha ocurrido, poco más ó menos, lo mismo, porque la característica del hombre no es transformarse sino reproducirse. Eso que nos cuentan de los tercios castellanos en Flandes, de la robustez académica de las cohortes romanas, y de tantas otras bizarrías legendarias, es bueno para ser imaginado nada más, para adornar una pieza teatral con un desfile aparatoso de comparsas, y para inspirar a un pintor de batallas efectismos popularmente infalibles. No diré que todo eso es falso, porque no lo es. El aspecto pseudo heroico del militarismo también lo tenemos en la actualidad. ¿Quién no ha presenciado un desfile de tropas en día de gala, de paseo militar o de maniobras nacionales, solemnes? Es un espectáculo vistoso, agradable, hasta cierto punto fascinador. Es lo mismo que debieron ser, con más o menos esplendor y colorido, las demostraciones similares de otras épocas. Pero lo que digo es que



eso nada tiene que ver con el verdadero heroísmo, que el simulacro de la guerra ni por asomo puede compararse con la guerra misma. Los soldados, al desfilar pacíficamente o al combatir teóricamente ante un público entusiasta, no son héroes. Quizás lo fueron antes, quizás lo serán después; también es posible que no lo fueran ni lo sean nunca. En todo caso, lo cierto es que, durante la maniobra ó revista, no son héroes, sino simplemente hombres, en toda su normalidad y vulgaridad, hombres-comparsas, revestidos de una apariencia, de un uniforme heroicos. El heroísmo no brota de los opeles, bordados, galones y penachos; antes bien de la miseria, de la privación, de las penalidades más angustiosas y de los más rudos sufrimientos. Nos quedaríamos pasmados si pudiéramos ver en qué estado se hallaban los famosos tercios de Flandes, durante las horas en que fueron verdaderamente heroicos: los jubones destrozados, las fajas rotas, las polainas deshechas, los airosos chambergos raídos y el cuerpo cubierto de llagas sangrientas.

El héroe no nace, sino que se hace. El heroísmo no es una cualidad ó un don permanente, involuntario, como la guapeza, la discreción ó la inteligencia; el verdadero heroísmo se adquiere mediante un enérgico esfuerzo de la voluntad, y no es duradero sino pasajero. Tampoco es desordenado e impulsivo, antes bien terriblemente lúcido de sí mismo. Los actos heroicos extraordinarios constituyen una excepción que las hay entre la casualidad y un arrebató del ánimo casi rayano en la locura”.¹¹

El impacto de esta reflexión se acrecienta al narrar el encuentro con un soldado:

“Me encontré, al recorrer las trincheras saturadas situadas cerca del riachuelo de Forges, con un soldado que se arrimó al talud de la excavación para cederme el paso. Mis compañeros iban adelante, y yo tenía prisa de reunirme con ellos, para no perderme. Pero el pobre hombre me miró, al pasar, con una expresión tan desconsoladora, que me detuve instintivamente a hablarle, sin saber que decirle, por impulso de lastima. “¿Qué hay, buen hombre?”, le dije. “Ya lo ve usted”, me contestó bruscamente; y al mismo tiempo levantaba los hombros y fruncía las cejas. Su aspecto era lamentable: el rostro, los brazos, las manos, el cuerpo, las piernas, estaban

cubiertos de barro. “La vida debe ser dura por allí”, le dije tontamente, porque no acerté a decirle otra cosa. No respondió palabra. “¿Estáis malo?”. Tampoco. “¿Queréis fumar?”. Con un gesto me indicó que no aceptaba la oferta. Comencé a azorarme. El soldado me miraba con una dureza insoportable; en sus ojos había un rencor evidente, vago, impreciso, pero que a mí me parecía referirse a alguna queja infinitamente justa que le rebosaba el alma. Balbuceé unas palabras más, y para salir del paso – en las trincheras hay que hacer eso muchas veces, vergonzosamente – me alejé diciendo: “No hay más remedio. Es preciso proseguir hasta alcanzar la victoria”. El soldado se irguió en un impulso de ira. “La victoria”, gritó. “Mi victoria sería poder regresar a mi casa y vivir en paz con los míos, ¿lo entiende usted?” Seguí andando y le perdí de vista; sus palabras vehementes, ininteligibles ya, continuaron resonando algún tiempo en la cavidad del callejón...

Un observador superficial o mal intencionado, tendría bastante con esta aventura para deducir de ella mil conclusiones erróneas y disparatadas: aquel hombre era un antimilitarista rabioso, un mal patriota., un elemento y un signo de disolución; el ejército francés está desmoralizado, etc., etc. ¡Y no hay nada de eso! Porque ¿sabéis qué era, en realidad, aquél hombre? Era, ni más ni menos que un verdadero héroe, un héroe de carne y hueso, uno de los innumerables héroes anónimos que proporcionaron a Francia el episodio inmortal de Verdún. Aquel hombre pudo decir lo que dijo y otras cosas más por el estilo, precisamente porque no era un héroe de patraña, sino de verdad; porque antes y después de aquella explosión de amargura, ha tenido y tendrá otras explosiones prácticas, eficaces de patriotismo; porque, a pesar de lo que dijo y de lo que dirá y sentirá todavía, cuando llegue el momento supremo del deber sabrá sobreponerse a todos sus egoísmos, por justificados que sean, y se batirá, y cometerá locuras heroicas, y dará su sangre, y morirá si es preciso, sin arrepentirse de nada.

Desconfiad de los héroes que lo son constantemente, que no dudan jamás ni vacilan; o son entes imaginarios, para uso y recreo de los que no saben comprender el verdadero heroísmo, o repugnantes matones. El héroe perfecto, el más humano, es el



que tiene sus horas de naufragio y congoja, en que quisiera apartar de sí, por insoportable, el cáliz de su amargura. Y su valor esencial radica precisamente en esto, en que, a pesar de su humanidad, que le agobia, consigue elevarse hasta el heroísmo que le transfigura”¹²—

Imagino, estimado lector, que el mensaje de la crónica reseñada le ha impactado. Pero veamos la otra cara de la moneda. Hasta la Gran Guerra lo habitual había sido separar — en la medida de lo posible — a la población civil del conflicto. Aquella línea fue atenuándose al prolongarse la conflagración, declarándose por la vía de los hechos más que el discurso la guerra total. En consecuencia, la llamada hubo de hacerse extensiva al ciudadano, al trabajador, a la madre y a los niños, tal como lo declaraba en su discurso de investidura ante la Cámara el presidente de Consejo **Georges Clemenceau (1841 – 1929)**, el 20 de noviembre de 1917:

“Reducto de ideales, nuestra Francia sufre al igual que sus hombres. Firme en la esperanza pero consciente del agotamiento de las fuentes más puras de humanidad, acepta su sufrimiento en pro de la defensa del suelo de sus grandes ancestros, con la esperanza de abrir, a los pueblos y a los hombres, las puertas de la vida. Esa es la fortaleza del alma francesa. Eso es lo que mueve a nuestro pueblo al trabajo y al combate. Esos silenciosos soldados de las fábricas, sordos a las sugerencias malévolas, esos campesinos en sus tierras, esas robustas mujeres en el taller, esos niños que ayudan a nuestro esfuerzo con sus debilidades, esos son nuestros soldados. Ellos podrán decir, como sus camaradas de las trincheras: yo estuve allí. Aquí estamos ahora, en nombre de la Patria, despojándonos de nuestras miserias, para hacernos dignos de ella”.

El carisma y elocuencia de Clemenceau salvó a Francia de sí misma en un momento de crisis. Solda-



Trabajadoras de una fábrica de municiones.



dos y civiles recuperaron el ánimo y convencidos de que “la paz es la victoria”. El último “élan” (impulso) insufló a los franceses para recuperar su amor a la gloria, “de la que ha sido amante predilecto durante muchos siglos, por cuyas caricias suspira constantemente y que por uno solo de sus besos es capaz de morir”.¹³

Et Après? De los escombros políticos, económicos y morales de la Primera Guerra Mundial el comunismo y el fascismo comenzaron a construirse, a imagen de todo lo que había creado el conflicto bélico. De ello no escapó el ideal de lo heroico. En la Alemania nazi se hizo en función de la raza; en la Rusia comunista a partir del concepto de clase. Ambos modelos compartían un mismo padre, el pensamiento de Johann Gottlieb Fichte. Esta ironía histórica e ideológica se debió a la apropiación y libre interpretación de la obra del filósofo alemán, a tal punto que, mientras que en Moscú se guardaba celosa y orgullosamente gran parte de sus manuscritos por considerársele un adalid del hombre nuevo socialista, mientras que en Alemania **Ernst Bergmann (1881 – 1945)** lo convertía en progenitor directo del nacionalsocialismo por revelar al mundo la profundidad del espíritu germano.

El conflicto era inevitable y éste se presentó durante la **Guerra Civil Española (1936 – 1939)**. De ello dio testimonio el escritor británico **George Orwell (Eric Arthur Blair 1903 – 1950)**. Orwell fue miliciano del Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM), en Cataluña, desde el 26 de diciembre de 1936 hasta el 23 de junio de 1937. El deseo de combatir al fascismo en España le hizo descubrir el carácter represivo del comunismo estalinista se reflejó en obras posteriores, críticas al totalitarismo de cualquier tinte ideológico, “Rebelión en la granja” (1945) y “1984” (1949). Para Orwell, al igual que el ya mencionado Gaziél, “*el héroe perfecto, el más humano, es el que tiene sus horas de naufragio y congoja, en que quisiera apartar de sí, por insoportable, el cáliz de su amargura. Y su valor esencial radica precisamente en esto, en que, a pesar de su humanidad, que le agobia...*”

El capítulo final de esta crisis tuvo como personaje al héroe de Verdún, el **general Henri Philippe**

Benoni Omer Joseph Pétain (1856 – 1951), jefe de Estado francés 1940 y 1944 durante la ocupación alemana. Sobre Pétain recae, en buena cuenta, la confusión y la vergüenza en la que el pueblo francés se “atrincheró” en el periodo de entreguerras y la Segunda Guerra Mundial. De nada sirvió crear el mito del resistente en 1945, pues tras un par de décadas de ominoso silencio, desde la década de los años setenta del siglo pasado la “damnatio memoriae” (la expulsión de héroes del panteón nacional) y la victimización son las dos caras de la misma moneda. Acaso en nuestro país no hay mejor ejemplo de todo esto que el ya mencionado caso de los comandos Chavín de Huantar.

A MODO DE CONCLUSIÓN

La tendencia desde el fin de la Guerra Fría ha sido identificar al héroe desde el punto de vista de los valores democráticos y pacifistas. No obstante, los atentados contra el World Trade Centre y el Pentágono en los Estados Unidos, el 11 de setiembre de 2001, devolvieron actualidad al debate sobre que hace o convierte a una persona en héroe. Así, pues, mientras millones de horrorizados telespectadores en Occidente reconfortaban su dolor viendo el accionar de la Policía y Bomberos de Nueva York, en el mundo islámico otros tantos aclamaban como mártires y héroes a los perpetradores de tales actos terroristas. Una cosa queda clara del ejemplo propuesto: el héroe sería hijo de su civilización. Por otro lado, es perfectamente posible que lo que se llama heroico un día deje de serlo después. El caso de los defensores de la fortaleza de Masada, el reducto final de la gran rebelión judía contra el poder romano en Palestina (73 DC – 74DC), es emblemático. Del culto nacional a los zelotes atrincherados en el palacio del rey Herodes se pasó al escepticismo y, posteriormente, al rechazo de un acto contrario a las leyes rabínicas.

No es nuestra intención concluir la demolición de la imagen del héroe en la cultura occidental. El siglo XX ha tenido personajes que, más allá de las controversias que generaron en su tiempo, han podido elevarse a un estatus muy próximo al héroe de la Cristiandad. Tal es el caso del Primer Ministro Británico **Sir Winston Churchill (1874 – 1965)**: a lo largo



de su vida el triunfo y el fracaso pero supo emerger de sus altibajos más fuerte y sabio. Churchill decía que *“mejorar es cambiar. La perfección es haber cambiado muchas veces”*. Esa fue la gran lucha de su vida. Esa es la gran lucha de todos los seres humanos. Permítaseme, pues, ensayar y compartir una definición personal de héroe, que, considero, resume todo lo expuesto: *“Héroe es aquel quien, a pesar de su humanidad que la agobia, busca mejorar en sus ideales con discreción”*.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

1. GAZIEL, (1917, 27 de diciembre), “Divagaciones sobre los héroes y el silencio”, La Vanguardia, sección “La Guerra Europea”, p. 9
2. REDACCIÓN (2017, 20 de abril), “Chavín de Huántar: declaran héroes de la democracia a comandos”, El Comercio.
3. http://en.wikipedia.org/wiki/The_Writer%27s_Journey:_Mythic_Structure_for_Writers
4. Cabe anotar que San Juan Casiano retiene una influencia muy grande en el pensamiento de Occidente hasta la actualidad, tanto en el mundo secular como el teológico, pues su obra estuvo anclada en el concepto del libre albedrío del hombre en la historia de la Salvación.
5. <http://www.luminarium.org/medlit/medheeroes.htm>.
6. “felix culpa quae talem et tantum meruit habere redemptorem”
7. CERVERA, CÉSAR (2014, 29 de octubre), “El gigante extremeño que usó el “Gran Capitán” para atemorizar a los franceses”, ABC, Madrid, España.
8. El Idealismo es una posición filosófica que se ocupa del tema de “Ser”, y que consiste en afirmar que el “Ser” no tiene más entidad que la que nosotros mismos le otorgamos al pensarlo, pues no hay realidad ninguna independiente del pensamiento.
9. TREITSCHKE, Heinrich von (Dresde, 15 de septiembre de 1834-28 de abril de 1896) Historiador y politólogo alemán de inclinación nacionalista. Como historiador se hizo famoso por sus estudios, pero sus opiniones políticas – de carácter liberal y a favor de un gobierno parlamentario – le mantuvieron al margen de ser profesor en una escuela pública. Sus ásperas reflexiones, en las que evocaba la virilidad y la grandeza de las naciones, incrementaron la violencia de los nacionalismos europeos. Sus opiniones políticas, unidas al contexto en el que se desarrollaron y a algunos trabajos para las universidades de Kiel y Heidelberg, le hicieron obtener un puesto de profesor en Berlín en 1874. Sus apariciones en la vida pública siempre estaban cargadas de opiniones violentas e injuriosas. Se mostró siempre muy partidario de la expansión colonial y contrario al Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda. Tanto es así que fue una de las principales figuras de un sentimiento chovinista antibritánico a fines del siglo XIX. También fue impulsor de toda suerte de ataques antisemitas. Según él, los judíos alemanes se negaban a aceptar la cultura y la sociedad alemana. En este sentido acuñó su popular frase “Die Juden sind unser Unglück!”, que significa “¡Los judíos son nuestra desgracia!”, adoptada posteriormente como eslogan por el periódico nazi Der Stürmer. Debido a su destacado papel en la vida pública, cada una de sus afirmaciones despertaba un amplio revuelo. Al margen de la vida política, Treitschke fue historiador y politólogo, siempre con un marcado carácter patriótico. Su principal obra fue Deutsche Geschichte im neunzehnten Jahrhundert, cuyo primer volumen fue publicado en 1879. Durante los siguientes 16 años aparecieron cuatro volúmenes más, pero solo llegó hasta el año 1847. También escribió biografías y ensayos de historia contemporánea. https://es.wikipedia.org/wiki/Heinrich_von_Treitschke.
10. TUCHMAN, Bárbara, “Los cañones de agosto”, Editorial Argos Vergara S.A. Barcelona, 1979, p. 424, p.115 – 116.
11. CALVET PASCUAL, Agustí, Gaziel (1917, 27 de diciembre): “Divagaciones sobre los héroes y el silencio”, La Vanguardia, Barcelona, p.9.
12. IBIDEM.
13. DOMINGUEZ RODIÑO, Enrique (1918, 03 de febrero), “Las Grandes Potencias. Francia IV”, La Vanguardia, domingo 03 de febrero de 1918, sección “La Guerra Europea”, p. 12. 📖